

EMMA SOUTHON

SANGRE EN EL FORO

Los asesinatos de la antigua Roma

Traducción de
MARC FIGUERAS

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

PRÓLOGO

Imagínate esta escena: una idílica colina en la Italia central; ahí, un grupo de hombres, sentados y en silencio, observa el cielo del atardecer. A una cierta distancia, pero claramente visibles, tenemos a otro grupo de hombres en lo alto de otra colina. Todos ellos son pastores y partidarios de los dos gemelos que un buen día habían surgido de la nada para matar al rey de Alba Longa y hacerse con el trono, afirmando ser los hijos de Marte. Bajo su reinado, Alba Longa había recibido con gusto a fugitivos, esclavos huidos y vagabundos de toda clase y condición hasta que la ciudad creció tanto que los gemelos decidieron fundar una nueva. Y aquí llegaron, por primera vez en su vida, a un motivo de conflicto irreconciliable: por razones poco claras, la ciudad tenía que recibir el nombre de solo uno de los dos gemelos y el otro tendría que aceptarlo y quedar bajo el poder de su hermano. Como ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer, acordaron que decidieran los dioses y que les enviaran un augurio. El augurio que pidieron fue buitres y así estamos ahora, con los partidarios de cada uno sentados en lo alto de sendos montículos, esperando y oteando el valle con cara de pocos amigos. Ya debes de saber los nombres de estos dos gemelos: Rómulo y Remo.

Después de vete tú a saber cuánto rato, se oyó un grito desde la colina del Aventino, donde esperaban Remo y sus colegas. Habían aparecido seis buitres. Una señal de los dioses favorecía a Remo como fundador de la nueva ciudad. Exultante, se dirigió con sus más fieles amigos hacia la colina del Palatino, donde esperaba su hermano Rómulo, taciturno. Remo le estaba explicando las noticias cuando, de repente, apareció un nuevo portento: doce buitres, doce, volando sobre el Palatino. Los dioses habían decidido: Rómulo sería el fundador.

Cada grupo aclamó a su gemelo preferido como el rey escogido, en una incómoda situación, y ambas camarillas empezaron a construir sus respectivas ciudades. La tensión fue creciendo y, finalmente, en un acto de incomparable desdén, Remo saltó una de las murallas en construcción del

Palatino, lo que provocó la ira incontrolable de Rómulo. Atacó a su hermano y lo apuñaló hasta matarlo; luego, sin ningún remordimiento, declaró que esto es lo que le sucedería a cualquiera que atravesara sus murallas. Y así, con un asesinato, se fundó Roma.

Hacia el año 510 a. C., Roma era una floreciente ciudad bajo el reinado de Tarquinio el Soberbio. Sin embargo, algo olía a podrido en el estado romano y un nuevo acto violento pronto lo cambió todo. El hijo de Tarquinio, Sexto Tarquinio, violó a una mujer de la aristocracia llamada Lucrecia; esta reaccionó convocando una reunión familiar, explicando lo que le había pasado y, finalmente, clavándose un puñal en el corazón. Su familia apreció esto como un gesto de lo más honorable y laudable y, llenos de dolor e ira, se dirigieron al Foro y mostraron el cuerpo de Lucrecia como el de una víctima de asesinato y exigieron el derrocamiento y exilio de Tarquinio y su hijo. El pueblo de Roma estuvo de acuerdo y, con una remarcable unidad, abolió la monarquía de un plumazo y estableció la República romana. Los romanos idearon la república de modo que negara excesivo poder a las personas individuales y evitara, mediante el poder compartido y un sistema de contrapesos y controles, que nadie pudiera convertirse en un tirano. Aquel logro, creado sobre la muerte injusta de una mujer, era el mayor orgullo de los romanos.

La gloriosa República de Roma duró 450 años y el momento de su desaparición también estuvo marcado por un asesinato. Ese momento llegó en los idus de marzo del año 44 a. C., cuando el gobernante único de Roma entró en el teatro de Pompeyo y cuarenta de sus amigos le propinaron veintitrés puñaladas, dejando a Julio César, dictador perpetuo de Roma y protoemperador, desangrándose hasta la muerte sobre el pavimento del vestíbulo. Este hecho abrió la puerta a que su resobrino de 19 años, Octaviano, se convirtiera en el glorioso y deificado emperador Augusto.

INTRODUCCIÓN

Cada vez que se da un episodio transformador en la historia de Roma, hay un asesinato. Una persona muere, en general de manera sangrienta, y allí donde vivía surge algo completamente nuevo. Roma se construyó sobre la sangre de Remo; la República nació con la muerte de Lucrecia; el Imperio apareció a partir del asesinato de César. Roma era un lugar con una extraña tendencia al asesinato. Pero, durante la mayor parte de la historia de Roma, el asesinato no fue un crimen. De hecho, durante toda la historia de Roma, la muerte en la arena de los gladiadores era un deporte, literalmente. El símbolo del estado romano eran las *fascas*, un haz de varas con un hacha en medio; las varas representaban el poder del estado de castigar a sus ciudadanos, mientras que el hacha representaba el derecho de matarlos. Unos guardias llamados *lictores* llevaban las *fascas* acompañando a todos los magistrados romanos cuando salían de sus hogares, de modo que el mensaje siempre quedara bien patente.¹ Hay pocas sociedades que hayan venerado tanto como los romanos la muerte deliberada e intencionada de hombres y mujeres, y que se hayan deleitado tanto con ella. Si te he de ser sincera, a los romanos les chiflaba el tema.

Pero a decir verdad, nosotros, en tanto sociedad occidental, también nos volvemos un poco locos con el asesinato. Nos encanta y lo devoramos con pasión. En estos momentos, en el Reino Unido, uno de cada tres libros que se vende es una novela negra, que, como siempre, empieza con una hermosa mujer muerta. El novelista James Patterson ha sido durante unos cinco años el autor más vendido del mundo; la cantidad de dinero que gana cada año escribiendo sin parar novelas sobre crímenes horripilantes (dieciocho de las cuales son sobre un «Club de Mujeres contra el Crimen») es tan descomunal que mi cerebro es incapaz de procesarlo. En conjunto, el autor en lengua inglesa más vendido de todos los tiempos es Agatha Christie, con entre *dos y*

cuatro mil millones de ejemplares vendidos de sus novelas de misterio.² Pero no todo se reduce a la ficción; los crímenes reales también están en boga. En 2014, el podcast *Serial*, sobre el asesinato de un estudiante de instituto fue descargado cuarenta millones de veces en tres meses y, desde entonces, las cosas no han hecho más que mejorar para los podcasts y medios asociados que se ocupan de asesinatos. Y, a ver, estimado lector, tú mismo acabas de escoger un libro que se titula *Sangre en el Foro*, lo que promete un buen montón de muerte y violencia... promesa que se va a ver cumplida, no te quepa duda. No es que te esté juzgando, pues al fin y al cabo soy yo quien ha escrito este libro. Y lo he escrito porque también me fascinan los asesinatos; yo era una auténtica fan de *Serial* y estoy obsesionada con Agatha Christie. Si pasas el suficiente tiempo conmigo, acabaré contándote mis diversas opiniones sobre asesinos en serie... Sí, me fascinan los asesinatos.

Nuestra obsesión occidental con el asesinato, en cuanto que excentricidad electrizante y enormemente entretenida nos sitúa en una peculiar posición dentro del esquema general de la cultura; ninguna otra sociedad ha creado imperios mediáticos sobre pilas de muertos y mujeres mutiladas. Y sin embargo, desde nuestro punto de vista, los raros son los romanos, porque estaban fascinados con el asesinato de un modo bastante diferente. Nosotros tenemos nuestras propias montañas de chicas de ficción asesinadas, pero ellos tenían montones de hombres reales asesinados. La muerte era un deporte, tal cual. Y muy habitual. Era el segundo deporte más seguido en Roma (el número uno eran las carreras de caballos) y, de algún modo, sesgaba la manera en que los romanos percibían el asesinato en su vida cotidiana, junto con su percepción de las nociones fundamentales de la vida y la muerte y de qué significa ser humano.

Los romanos también tenían una forma de esclavitud institucionalizada, doméstica y ubicua que nos cuesta comprender, en cuanto que somos personas modernas que creen que todos los seres humanos son iguales. En Roma, los hombres, mujeres y niños esclavos estaban por todas partes. En cada casa aristocrática vivían cientos de personas que habían sido esclavizadas por los romanos; incluso los hogares pobres podían tener algún esclavo. El estado romano funcionaba gracias a la mano de obra de esclavos que se encargaban de las tareas físicas y administrativas necesarias para gestionar un enorme imperio y construir cada pocos metros edificios de mármol colosales y recubiertos de hermosas pinturas. Cualquier habitante de Roma tenía contacto cotidiano

con esclavos y nadie lo cuestionaba. Ningún romano se fijó nunca en sus esclavos y libertos (que seguían formando parte de la unidad doméstica) y pensó «¡Eh! Esperad un momento. ¡Son personas!»; no, estos hombres, mujeres y niños con los que se compartía el hogar tenían la misma consideración que una silla. Eran objetos que se podían maltratar, golpear y abandonar sin más consecuencia (en general). Y todo el mundo estaba de acuerdo en que era correcto y normal. Esta idea también embrolló bastante sus nociones del bien y el mal y de la vida y la muerte.

¿QUÉ ES UN ASESINATO?

Sospecho que todo el mundo cree que sabe lo que es un asesinato, pero también intuyo que, en realidad, la mayoría de las personas no lo sabe. Hasta que empecé a documentarme para este libro, solía emplear indistintamente los términos *asesinato* y *homicidio*, tal vez como tú también lo hagas. Resulta que no son lo mismo. Homicidio es el acto de matar a una persona bajo las circunstancias que sean; cada vez que un ser humano mata a otro, estamos ante un homicidio. Algunas veces se trata de algo legalmente lícito, como la pena de muerte en el centenar de países que todavía tienen leyes de pena capital (sí, son muchos); es decir, hay cien países en los que una persona puede inyectar a otra un veneno o dispararle o colgarlo por el pescuezo con la intención de matarlo con el respaldo del estado. Los soldados que se matan unos a otros en una batalla o con un sofisticado dron constituyen otra forma de homicidio legal; como soldado, puedes darlo todo para matar a tantas personas como puedas y, a cambio, recibirás medallas y estrés postraumático.

Aun así, la mayoría de las formas de homicidio son ilegales, y hay un buen montón de ellas. Las formas menos graves se denominan *homicidio involuntario* en la ley inglesa y estadounidense y *homicidio culpable* en la ley escocesa,* y en otras partes reciben un buen montón de

* *Involuntary manslaughter* y *culpable homicide*, respectivamente, lo que equivaldría más o menos al *homicidio culposo*, *negligente* o *involuntario* en la ley española. En todo este apartado, la autora, como es lógico, hace referencia siempre a las leyes inglesas, escocesas o estadounidenses, que no siempre tienen equivalentes directos en la ley española. (*N. del t.*)

otros nombres. Se trata de situaciones en las que tal vez el infractor no tenía intención de matar a la otra persona, pero de todos modos esta acabó muerta por su culpa. Sería el caso cuando unos padres dejan accidentalmente a su hijo en un coche cerrado al sol o cuando un profesional sanitario administra por error un fármaco equivocado; este tipo de cosas. Luego tenemos el homicidio voluntario.* Consiste en aquellas situaciones en las que tenías intención de herir a la víctima pero no matarla; tal vez querías darle un buen puñetazo en una pelea y, al caer al suelo, se golpeó la cabeza y murió, o quizá te provocaron y perdiste el control. Y tal vez haya atenuantes si ibas colocado o estabas en medio de un episodio sicótico.

Después de todas estas situaciones (y la ley inglesa es muy específica y detallada en todos los casos), tenemos el asesinato. En Inglaterra y Gales, el asesinato se define como la acción en que «una persona (1) en pleno uso de sus facultades mentales (2) mata ilegalmente (3) a cualquier ser con uso de razón (4) y en vida —que respira mediante sus pulmones— (5) bajo la Paz de la Reina (6) con intención de provocar la muerte o daños graves». Tienen que darse las seis condiciones para que un homicidio se considere asesinato en un tribunal inglés. En Escocia, basta con la intención y el ensañamiento. En la ley federal estadounidense, el asesinato es el «homicidio ilegítimo de un ser humano con malicia premeditada».** Seguro que nunca te habías imaginado que el asesinato podía generar todas estas maravillosas construcciones gramaticales.

A los estadounidenses les gusta complicar aún más las cosas y clasifican los asesinatos en primer y segundo grado y, por si esto fuera poco, dejan que cada estado decida qué constituye primer grado y segundo grado. En general, el asesinato en primer grado es un asesinato intencional que ha sido premeditado o planeado, mientras que el de segundo grado es intencional pero sin planificación previa. Así, si me compro una pistola y luego voy a casa de alguien y le pego un tiro, es un asesinato en primer grado. Si soy Ted Bundy y hago ver que me he lastimado el brazo para que una mujer me ayude a alzar mi canoa y así poder golpearla hasta la muerte con un martillo mientras está distraí-

* *Voluntary manslaughter*, que equivaldría más o menos al llamado *homicidio preterintencional*. (*N. del t.*)

** En la ley española, un homicidio es asesinato cuando concurren uno o más de estos supuestos: alevosía, ensañamiento y precio. (*N. del t.*)

da, se trata de asesinato en primer grado; lo he planeado.* Sin embargo, si estoy discutiendo con alguien y, de golpe, saco mi pistola durante la discusión y le disparo, se trata de asesinato en segundo grado. Algunos estados también tienen asesinato en tercer grado, que cubre todas las formas de homicidio. En el estado de Nueva York, el asesinato en primer grado solo hace referencia al asesinato de agentes de policía, asesinatos múltiples, asesinatos que implican tortura o ser un asesino a sueldo. Así, si compro una pistola y luego voy a casa de alguien y lo mato en Glenville (Nueva York), se tratará de asesinato en segundo grado a no ser que me hayan pagado por hacerlo o la víctima sea policía. Pero si hago lo mismo en Pottsville (Pensilvania), sería asesinato en primer grado. Si lo hiciera en Lancing (Reino Unido), sería asesinato a secas. Además, en Pensilvania estaría sujeto a la pena de muerte, pero no en Nueva York, porque en el estado de Nueva York los únicos asesinatos susceptibles de pena de muerte son los crímenes federales capitales (de primer grado). Y esto quiere decir que en Pensilvania se puede producir un segundo homicidio como consecuencia del asesinato, esta vez en una aséptica celda y con la aprobación del estado.

A lo que quiero llegar con todo esto es que el asesinato es una acción construida. La única parte que se puede ver como blanco o negro es aquella en la que una persona mata a otra, y esta parte en realidad es el homicidio. El homicidio es algo claro y transparente, pero *asesinato* es una etiqueta que aplicamos a algunas formas de homicidio y que cambia en función del tiempo y del espacio. Lo que sin duda es un asesinato en un estado, puede ser un homicidio en otro; lo que para una persona es un homicidio legal, para otra es un asesinato en toda regla. El asesinato es un suceso sometido a interpretación, a la interpretación de las personas, lo que lo convierte en una etiqueta emocional, por mucha jerga legal con la que lo envolvamos. No es una categoría binaria; no es un descriptor único ni simple. El asesinato es algo complejo.

Durante la redacción de este libro, he tenido siempre sobre mi escritorio una cita del sociólogo Douglas Black: «Lo bueno o lo malo no es absoluto ni relativo, es geométrico». Es por esto por lo que he decidido emplear una definición muy exhaustiva de asesinato para incluir,

* Se trata de un famoso asesino en serie estadounidense, ejecutado en 1989, tras haber cometido 30 asesinatos durante la década de 1970. (*N. del t.*)

en el fondo, todo tipo de acto de matar. Bueno y malo son productos del espacio social, donde variables como género, estatus, raza, lugar, medios, tiempo, riqueza e infinitas otras cambian y fluctúan para crear unos conceptos del bien y del mal que nunca son fijos. Por esta razón, he interpretado el concepto de asesinato de forma muy (pero muy) amplia.

Me gustaría que tuvieras esto siempre presente ahora que nos vamos a sumergir en el mundo del homicidio romano.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
INTRODUCCIÓN	13
¿Qué es un asesinato?	15
1. ASESINATO EN EL SENADO	19
Tiberio Graco	20
Publio Clodio Pulcro	32
Julio César	40
2. ASESINATO DENTRO DE LA LEY	59
Las Doce Tablas	61
La República	63
El Imperio	69
3. ASESINATO EN FAMILIA	73
Roscio	73
Poncio Aufidiano	83
La mujer de Esmirna	96
4. ASESINATO ENTRE ESPOSOS	107
Apronia	107
Regila	115
Cayo Calpurnio Pisón	123
5. ASESINATO EN UN ESTADO ESCLAVISTA	127
Lucio Pedanio Segundo	131
Panurgo	138
Espículo	146



6. ASESINATO CON MAGIA	163
Locusta	165
Martina	172
Jocundo	184
7. ASESINATO EN LA FAMILIA IMPERIAL	191
Livia	191
Aulo Cremucio Cordo	202
Régulo	213
8. ASESINATO DE EMPERADORES	223
Cayo Calígula	223
Aulo Vitelio	231
Domiciano	234
9. ASESINATO JUDICIAL	239
Pasífae	239
Cornelia, vestal máxima	254
Dos griegos y dos galos	256
<i>Final</i>	261
<i>Notas</i>	263
<i>Glosario</i>	273
<i>Notas bibliográficas</i>	279
<i>Agradecimientos</i>	289
<i>Índice alfabético</i>	291

